XXIII DOMINGO TIEMPO ORDINARIO CICLO A
P. Emilio Betancur

"¿HOY QUÉ QUIERE DIOS DE NOSOTROS?"

A Ezequiel le tocó la primera deportación de Israel a Babilonia, para no dejar la esperanza del retorno; hacer lectura de la fe, historia de la salvación. Entretanto los babilonios temían por las pocas armas para la huida del retorno. La iglesia de hoy no alcanza por "comunicados" a hacer que cubran hoy la pregunta ¿qué quiere Dios de nosotros? La respuesta la tuvo Ezequiel y mayor parte de la Comunidad; lo fue como gota a gota erigiendo la casa de Israel. Esa misión hizo a Ezequiel; poeta visionario, con coraje para afrontar la resistencia de su propio pueblo porque algunos se quieran quedar en el exilio; por no haber escuchado la Palabra de Dios. No fue poco el tiempo en que demoró el pueblo comprender que santidad y amor eran sinónimos; algo que venía desde el Levítico (19.2.17). Pablo cientos de años lo enseñaba "No tengan deudas con nadie: si no es la del amor mutuo. Pues al que ama al prójimo tiene cumplida la ley… adulterio, muerte, robo". "Tu amarás a tu prójimo como a ti mismo". El cumplimiento en efecto es el Amor (Rom, 13, 8-1O) así Pablo ilumina nuestro interior por el Espíritu del bautismo. Querer vivir los mismos sentimientos de Dios significa también actuar sobre todos los que están en gran peligro, los niños. Lo que en la historia de la humanidad se ha llamado "historia espiritual" no es un infantilismo espiritual, sino el kerigma, la conversión cristiana; encarnando los mismos sentimientos de Jesús que también se hizo niño para sanar de raíz las secuelas de todo tipo; por no habernos hecho como niños. En la experiencia del seguimiento de Jesús, el kerigma incluye la conversión y la sanación radical de todo creyente. La infancia es espiritual, es preventiva por ser una experiencia de la fe. La vida de la Iglesia está hecha de semilla eterna. Todo lo que se ate en la Iglesia será atado en el cielo y todo sé que se desate en tierra será desatado en el cielo.

El Evangelio de este domingo, tomado del capítulo 18 de Mateo, presenta el tema de la corrección fraterna en la comunidad de los creyentes: es decir, cómo debo corregir a otro cristiano cuando hace algo que no está bien. Jesús nos enseña que, si mi hermano cristiano comete una falta en contra de mí, me ofende, yo debo tener caridad hacia él y, ante todo, hablarle personalmente, explicándole que lo que dijo o hizo no es bueno. ¿Y si el hermano no me escucha? Jesús sugiere una intervención progresiva: primero, vuelve a hablarle con otras dos o tres personas, para que sea mayormente consciente del error que cometió; si, con todo, no acoge la exhortación, hay que decirlo a la comunidad; y si no escucha ni siquiera a la comunidad, hay que hacerle notar la fractura y la separación que él mismo ha provocado, menoscabando la comunión con los hermanos en la fe. Las etapas de este itinerario indican el esfuerzo que el Señor pide a su comunidad para acompañar a quien se equivoca, con el fin de que no se pierda. Es necesario, ante todo, evitar el clamor de la crónica y las habladurías de la comunidad —esto es lo primero, evitar esto—. «Repréndelo estando los dos a solas» (v. 15). La actitud es de delicadeza, prudencia, humildad y atención respecto a quien ha cometido una falta, evitando que las palabras puedan herir y matar al hermano. Porque, ustedes lo saben, también las palabras matan.